

onset the story's poetics of incredulity: «[l]o atroz y lo normal pueden existir simultáneamente» (51). Such violence, which has all the makings of a murder mystery, also sets the tone for an unrelenting subtext of parapsychological —narrative— brushes with the spirits of Regina's deceased loved ones of which Susana is very much aware as she observes her elderly companion play chess: «[m]e pareció que Regina deseaba hacer frente común conmigo... y colocarme en el mismo escaque del gran tablero de ajedrez en el que... empezaba a jugar con sus familiares. Sin embargo, de ningún modo me sentí manipulada» (31).

Susana seems to understand instinctively the nature of her emblematic role in Regina's complex world, and for that reason limits the application of her medical skills to prescribing sleeping and anti-depressant medications for her. More than anything else, she is content to be an integral part of Regina's life, while over time closing herself off from the outside world and refusing to spend much time with her parents and others, such as her colleague and former boyfriend Alberto, who expresses to her his growing apprehension about what strikes him as Susana's bizarre fascination with what has clearly become for her much more than a good job. This —type of— narrative tension is fueled by the inescapable presence of Regina's emotionally disturbed brother Ramón, who, in turn, is convinced that the young psychiatrist is solely interested in inching him and his two children out of what he hopes will be their fair share of Regina's wealth after she dies. Countless other inheritance-related conflicts run counter to Regina's philanthropic generosity and growing acceptance of Ramón's mental instability, and thus serve to enhance the bothersome question that is posed by the novel's title and which, albeit with unexpected resolve, is answered at the reading of Regina's will: «[s]obre sus familiares no decía absolutamente nada, ni siquiera los mencionaba» (155) ... leaving the readers of this review to read firsthand *El testamento de Regina* in order to arrive at the true manner of resolution given this novel by its author.

University of South Carolina

LUCILE C. CHARLEBOIS

Luis Mateo Díez. *Las palabras de la vida*. Madrid, Temas de Hoy, 2000, 221 pp.

La palabra es un ente diminuto que sin embargo posee el poder de un gigante. La palabra transforma en pensamientos los sentimientos instantáneos y con ello nos hace humanos. La palabra detiene el tiempo que nos vigila y acecha, rescata el recuerdo devolviéndole todo su poder y materia. La palabra multiplica el disfrute de la imagen y la hace revivir. La palabra, en fin, avala nuestro paso por el mundo, nuestra identidad, ya que mediante su materia verbal nos convierte en seres sociales que

saben decir lo que son y lo que quieren. Éstas son solamente algunas características de la palabra que es la absoluta protagonista de *Las palabras de la vida*, un conjunto de relatos, recuerdos, confidencias y reflexiones en los cuales su autor, Luis Mateo Díez, intenta rendirle homenaje y rescatarla del olvido.

«No en vano en principio fue el Verbo» (69) dice el autor refiriéndose así con esta cita del Génesis a la palabra hablada que conserva una carga imaginativa particularmente sugerente. Abordada desde una perspectiva muy personal e íntima, la palabra pasa al primer plano de los 17 capítulos relatos reunidos en el libro. Son unas historias muy heterogéneas que varían desde los profundamente íntimos y sugestivos recuerdos infantiles y familiares hasta los cuentos y anécdotas recogidos de la memoria colectiva local del noroeste español, la región de procedencia del escritor, que alternan aquí con más analíticas reflexiones personales acerca del propio taller literario y sus fuentes. Cada uno de estos relatos rinde homenaje y gira en torno al motivo central que es la palabra, un elemento común que da carácter unitario a la colección.

Los recuerdos más lejanos e íntimos que abren el libro se enfocan desde una perspectiva infantil en la iniciación en el rito de la palabra, en el acto de contar y escuchar. Las palabras de un cuento escuchado en el bar, o en una reunión vecinal nocturna en que se contaban historias, suplantaban el silencio tan temido por el niño como una señal de la soledad y la muerte, abriendo así una grieta a favor de la imaginación y el recuerdo de lo que algún día el mismo escritor podrá contar y escribir. Tal rito vecinal en las cocinas del pueblo, llamado el filandón en la comarca leonesa, «provenía de la propia naturalidad del encuentro, y el esquema del mismo no era otro que el que componen las actitudes del que cuenta y el que escucha, del que habla y el que oye» (29).

Y es también en esos filandones del pueblo donde por medio de la voz y la memoria se transmitía el legado común, la herencia del patrimonio folklórico de una cultura popular enormemente rica, en la cual Luis Mateo Díez reconoce sus propias raíces literarias. «Mi peculiar experiencia de la oralidad ha marcado mi destino de escritor, y reconozco que esa experiencia es nutritiva, que no contiene un mero aliciente de antropología cultural o gusto por el patrimonio legendario» (62). Ya en las obras anteriores, como *Relato de Babia* (1981) y *El porvenir de la ficción* (1992) el lector encontraba ese reconocimiento de la oralidad popular como una fuente originaria y la herencia propia del escritor. Sin embargo, en ninguna de ellas se ha combinado con tanta maestría y naturalidad el arte de contar historias con una profunda reflexión literaria, creando así una especie de poética del autor.

Muchas de las historias que nos cuenta Luis Mateo Díez en este libro están pobladas de personajes dominados por un afán de contar historias y que además poseen un extraordinario, casi mágico, don de la palabra. A esta peculiar galería de individuos estrambóticos de nombres raros y

anticuados pertenecen los charlatanes, los profesionales de la labia, como Doncel Medano, que solían frecuentar las ferias pueblerinas del noroeste anunciando a voces sus mercancías. Luis Mateo Díez confiesa tener siempre mucha afición a este tipo de personajes capaces de embaucar al oyente, embelesando a la vez la chata realidad circundante. También intervienen en estas historias los viajantes de comercio por la provincia de León, como Elicio Bieito, cuya suerte depende de lo que dicen y de cómo lo dicen.

Pero este libro, cuyo autor cede de vez en cuando la palabra a las voces directas de sus paisanos, en su afán de emular la fascinación de la palabra y su poder de encantamiento no se enfoca exclusivamente en la palabra dicha sustentada en la memoria y la voz, sino que también rinde tributo al verbo escrito de los primeros libros secretamente leídos en la infancia en el desván de la vieja casa municipal donde el autor había nacido. Un recuerdo melancólico evoca los libros requisados por el régimen en los precarios y sombríos años de la posguerra, como *Corazón* de Edmundo de Amicis, un libro que había desvelado para el autor y su hermano menor Antón todo un misterioso y seductor poder de la palabra escrita, proporcionándoles por primera vez la lectura más intensa que resultó en lágrimas de placer y fascinación.

Con *Las palabras de la vida* Luis Mateo Díez, uno de los mejores escritores españoles del momento, hace poco ingresado en la Academia, nos expone de manera sistemática y bella las claves definitivas de su mundo personal y literario, ambos fuertemente unidos. Sin duda, el lector no se sentirá decepcionado y podrá disfrutarlo dejándose fácilmente seducir por la palabra del sabio contador que nos enseña deleitando.

Northwestern University

ANNA GABRIELA DIAKOW

Mendoza, Eduardo. *La aventura del tocador de señoras*. Barcelona, Seix Barral, 2001, 350 pp.

*El Tocador de Señoras* is the third in a series of novels (the first two are *El misterio de la cripta embrujada* and *El laberinto de las aceitunas*) narrated by an unnamed protagonist, entrapped within a complicated web of theft and murder that places him at its center, both as suspect and amateur detective, this second a necessary role he needs to play in order to save himself from arrest and reincarceration in the insane asylum to which he has inevitably returned at the end of the first two novels. It is a novel that can be read in one long sitting, a characteristic of Mendoza's writing that pleases many. In fact, the novel comes across as a long standup comic routine, replete with some extremely funny one-liners. It is also very tongue-in-cheek at times, and these two comic veins form a contrast with the more general slapstick, vaudevillian humor that runs